

Singular coincidencia de la ley de la gravedad con la gravedad de la ley.

CHUMY CHÁVEZ



CHUMY CHÁVEZ



MEMORIAS LIBERTINAS DE LA BELLA ENCARNA

(VII)

Decidí abandonar a Pío Baroja el día en que me dejó leer un escrito titulado *Elogio sentimental del acordeón*. No lo publicaría hasta años después, dentro del libro *Paradox Rey*, pero yo paladeé las primicias. Era tan bonito y me puso tan triste, que le dije:

—Qué talentazo tienes, Pío. Al menos, al menos debes ser abogado.

—Nada de eso —masculló con una cierta irritación.

—Pues notario.

Le dije yo, empeñada en demostrarle que le había comprendido profundamente.

—No seas bestia.

Y eso sí que no se lo aguanto ni a mi madre. Le dejé cinco surcos de uña en la mismísima calva, hice las maletas y me fui. Yo entonces no quería admitirlo, pero el contacto con Pío me había despertado el gusanillo de la cultura. No tenía un céntimo, pero me propuse trabajar y estudiar para no ser una bestia de carga o una bestia de lujo durante toda mi vida. Conseguí un empleo como ayudante de cocina en un restaurante conchinchino del Barrio Latino y me matriculé en un curso nocturno para señoritas secretarias. En seis meses aprendí a escribir a máquina, ortografía y contabilidad. ¡Con qué placer redactaba hipótesis facturas! ¡Con qué entusiasmo rellenaba libros de Debe y Haber! Soñaba con el momento en que me presenta-

ria ante Pío Baroja y le tiraría a la cara el libro de Debe y Haber.

—¡Mira, mira qué ha escrito una servidora con sus propias manitas!

Pero nunca pude permitirme este placer de dioses. Algún biógrafo mal informado ha escrito que la guerra europea frustró mi carrera burocrática. Pero no es verdad. Unos meses antes de la guerra yo ya había dejado la academia de M. Duhamel, y por un motivo más simple que una guerra europea o mundial. Fue por amor. Aún era excesivamente joven y los pantalones me mareaban casi tanto como los botines mitad charol, mitad piel de cabritilla en amarillo. Y cuando una pasaba por el boulevard St. Michel, debía apartar la vista para que no se perdiera en aquel verdadero bosque de pantalones y botines. Hasta que un día se me fueron los ojos detrás de las rayas de pantalón mejor trazadas que una haya visto en su vida. Y bajo aquellas rayas estaban las piernas del tercer clasificado en el Tour. ¡Salvaje de mi vida! Que nadie hable de anatomía si no ha conocido a Julien Duchesne, «Le Petit Patois». Tenía tres mil quinientos musculitos en la pierna derecha y tres mil quinientos tres musculitos en la izquierda. Yo se los contaba y recontaba en la penumbra de la alcoba y él no dejaba de sonreírse mientras se atusaba el bigote de puntas y

se dejaba contar la musculatura de las extremidades inferiores.

—Son simétricamente perfectas.

Insistía él. Según me dijo, una diferencia de tres musculitos no es diferencia. Se molestaba si yo trataba de contarle los musculitos de los brazos, y es que allí tenía menos. Un ciclista, pontificaba «Le Petit Patois», desarrolla sobre todo las piernas.

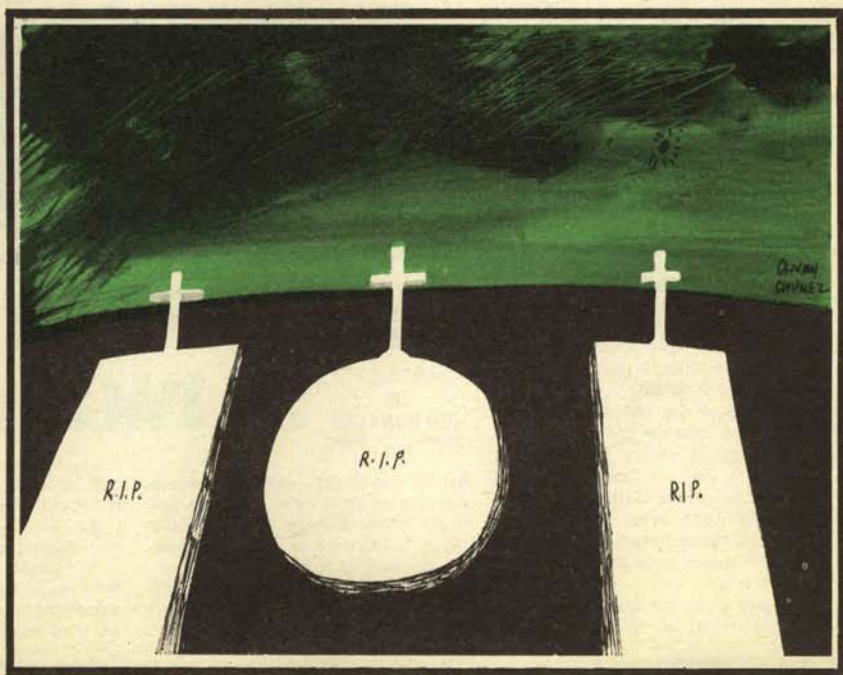
—El cuerpo humano se desarrolla en aquellas partes que más utilizas.

¡Y a mí me daba una vergüenza que dijera cosas así!

«Le Petit Patois» murió en el frente a los cuatro días del estallido de la guerra. Pero su muerte me afecta más ahora de lo que antes me afectó. Porque yo, víctima de mi pantalonera fiebre, ya pertenecía entonces en cuerpo y alma a un ciclista negro americano, más *pistard* que *rouitier*, que pasó a la Historia con el nombre de Negro Johnson. Tenía diez musculitos menos en la pierna derecha que el pobre «Le Petit Patois» y dieciocho menos en la izquierda.

Pero, indudablemente, su cuerpo no se había desarrollado exclusivamente en función de darle al pedal, y, al fin y al cabo, si vamos a mirar, ¿quién se atrevería a sentar cátedra sobre qué músculos son más importantes que otros?

(Continuará.)



CHUMY CHÁVEZ

